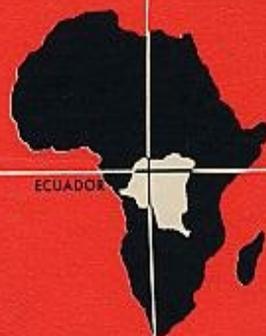


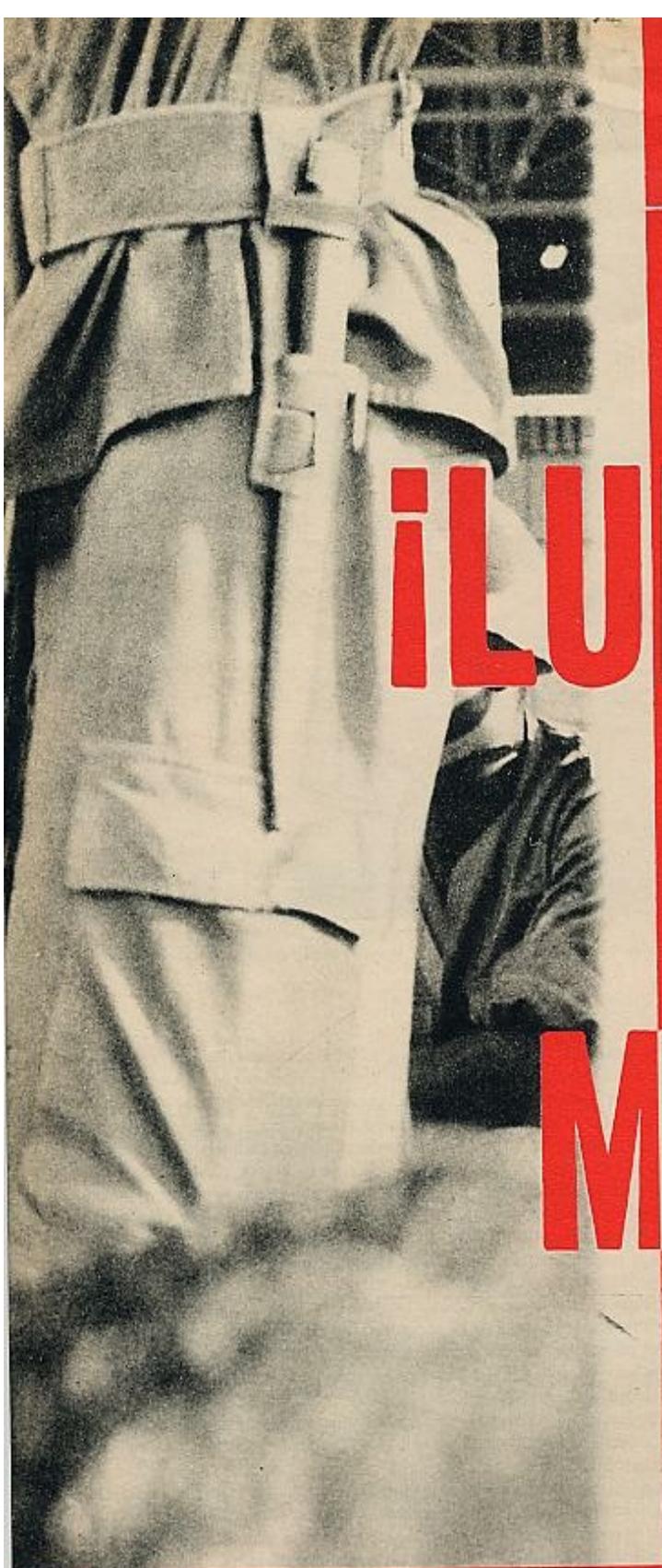
De Lumumba irradiaba un magnetismo, una convicción, una buena voluntad y, sobre todo, una fuerza que son las que hacen ahora que en la selva todavía se le crea vivo. A la izquierda

EN un poblado de Kuilú, un agitador del grupo de Mulele reunió a los habitantes para pronunciar unas palabras: «Hermanos —les dijo—, hace tres años que nuestro jefe Lumumba fue asesinado...» No pudo seguir. Un rugido de ira precedió a un alud de piedras, y el orador se salvó de la muerte por la intervención del viejo jefe del poblado y sus hijos. Creyó, al principio, que había caído en el seno de una tribu antilumbista. Sin embargo, le explicaron, la situación era la opuesta: los negros de toda la región se niegan a admitir la muerte de Lumumba. Un jefe como Patricio Lumumba no puede morir; es inmortal. Menos aún puede ser

UN GRITO EN LA SELVA



¡LUMUMBA NO HA MUERTO!

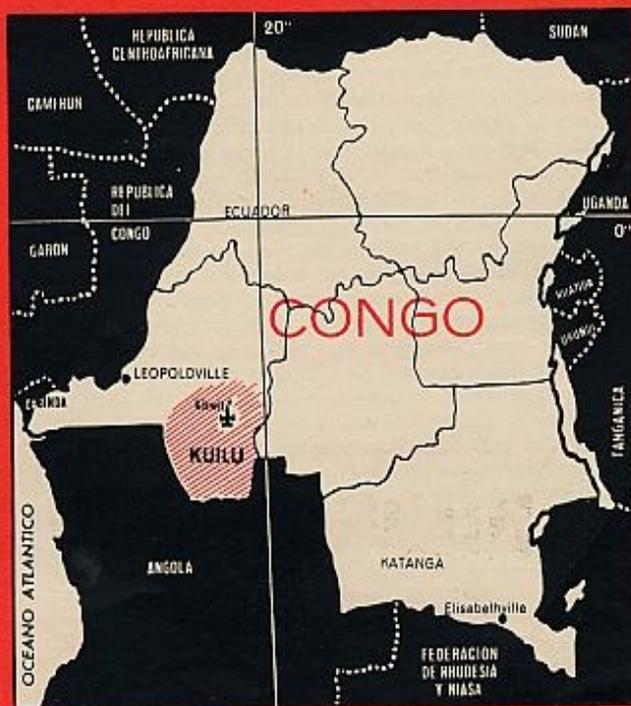


todo, un empuje vital inolvidables. Tenía el carisma del gran jefe, y estas condiciones de vamos con el rey Balduino y, arriba, poco después de ser detenido y maltratado.

asesinado por gentes como Tshombé, como Adula, como Ileo. Lumumba está vivo, y regresará un día para liberar a los negros, para implantar la verdadera independencia...

Lo más curioso es que esta superstición no se reduce al ámbito local de las tribus lumumbistas, ni siquiera al Congo que fue belga: es, ya, una leyenda africana. Este enorme continente cuyas poblaciones viven separadas por insalvables obstáculos geográficos —selvas mortales, desiertos, cientos de dialectos enteramente diferentes— tiene tal vez unas facilidades de comunicación naturales, o tiene un sustrato de conciencia colectiva que hace reaccionar de la misma forma a miles de kilómetros de distancia. De nada sir-

SIGUE





Patrice Lumumba, el día que fue destituido por Kasavubu, y durante la conferencia de prensa que convocó para demostrar la intervención belga en los asuntos congoleños.

ve que las radios, los cables, los periódicos, recuerden estos días que Lumumba murió hace tres años, que se relaten las circunstancias dudosas de su asesinato: África no cree en la muerte de Lumumba. Hay, incluso, falsos Lumumbas que recorren la selva predicando la revolución. Los portugueses han capturado algunos en Angola y en Mozambique. Han aparecido en África del Sur y en Ruanda. Algunos se han dejado crecer la breve barba que llevaba el jefe. Otros, ni siquiera se parecen. Basta decir: «Yo soy Lumumba», y hablar con las palabras con que él hablaba...

Sería fácil explicar esta leyenda acudiendo al infantilismo del alma negra, a las supersticiones de la selva. Los historiadores y los psicólogos de masas saben que no es así, que esto es un fenómeno universal, e incluso hay un término para explicar esta negativa dramática a aceptar la muerte del salvador, una palabra que inventaron precisamente los portugueses: el sebastianismo. El rey Don Sebastián, de Portugal, murió a los 25 años de edad en Alcazarquivir, en la famosa batalla de los «Tres Reyes» (1578): sus fieles se negaron a creer durante muchos años en su muerte. Incluso aparecieron cuatro impostores. Algunas obras literarias españolas del romanticismo se basaron en esa situación. El Delfín de Francia (hijo del guillotinado Luis XVI) fue protagonista en Francia durante muchos años de una leyenda de sebastianismo. En nuestros días ha habido dos casos importantes: el de la falsa gran duquesa Anastasia, que podía mantener en los rusos exiliados la leyenda de una superviviente de la familia reinante, y el de Hitler: todavía hay algunos alemanes nazis que creen que Hitler no murió, que vive bajo un falso nombre en algún lugar del mundo (la aparición de Eichman y las sospechas de la existencia de Martin Bormann han dado nuevos ánimos a los sebastianistas alemanes) para volver un día a dirigir a su pueblo... Siempre que estemos en la tentación de culpar al negro africano de primitivismo, de ignorancia o de superstición, conviene que nos volvamos hacia nosotros mismos, hacia los blancos infalibles, y busquemos profundamente hasta encontrar algo similar. Es una excelente manera de curarse de racismo y de comprender el mundo tal como es.

Lumumba, sin embargo, murió hace tres años. No se sabe bien qué día, ni en qué circunstancias. Las recientes declaraciones de Tshombé, confusas y contradictorias, no tienen un valor real. Tshombé necesita, sin duda, lavarse las manos de la sangre de Lumumba, no tanto porque tenga remordimientos como los de lady Macbeth, sino por la necesidad de poder presentar una candidatura inocente en las elecciones de la primavera próxima. Lumumba murió en unas circunstancias oscuras, al principio del año 1961, siendo prisionero de Tshombé. Dejaba detrás unos meses de fan-

tástica vida política. En un país caótico, manejado por los grandes aventureros internacionales, donde se cruzaban intereses de enormes capitales, juegos políticos de guerra fría, problemas colonialistas y neocolonialistas que iban a interesar a toda África, Lumumba fue el primer objetivo visible. Las leyendas de la propaganda moderna se tejieron inmediatamente en torno a él: favorables y desfavorables. Quienes le hemos visto y oído hablar en aquel momento dramático, y lo hemos hecho desprovistos de prejuicios, no podemos admitir fácilmente la idea de un racista negro, de un fanático antiblanco, de un ambicioso de poder. Lumumba hablaba con inteligencia y con moderación. Tampoco es fácil admitir la idea de que Lumumba hubiera podido ser el gran jefe africano, el hombre a quien se recuerde con nostalgia en las conferencias de Addis Abeba y de Lagos. Probablemente le faltaba cultura política y sociológica; probablemente el deseo de asimilar al mismo tiempo la cultura tribal y el fondo africano —la negritud—, al mismo tiempo que las enseñanzas occidentales que había recibido en la escuela de misioneros, le habían creado una especie de confusión mental de la que no podría salir fácilmente. Sin embargo, irradiaba de él un magnetismo, una convicción, una buena voluntad y, sobre todo, un empuje vital difíciles de olvidar. Tenía el carisma del gran jefe, y esas condiciones son las que hacen que los negros de la selva le crean aún vivo, pero también, las que mantienen en los intelectuales africanos la «nostalgia de Lumumba», la creencia de que el culto a su recuerdo y la continuación de su doctrina puede ser muy útil para África. «Por las circunstancias de su muerte, Patrice Lumumba ha dejado de ser una persona para convertirse en África entera», escribe Jean-Paul Sartre y lo escribe muy justamente porque es su muerte y las circunstancias que la rodearon quienes dan ahora nueva fuerza y nuevo vigor a su recuerdo.

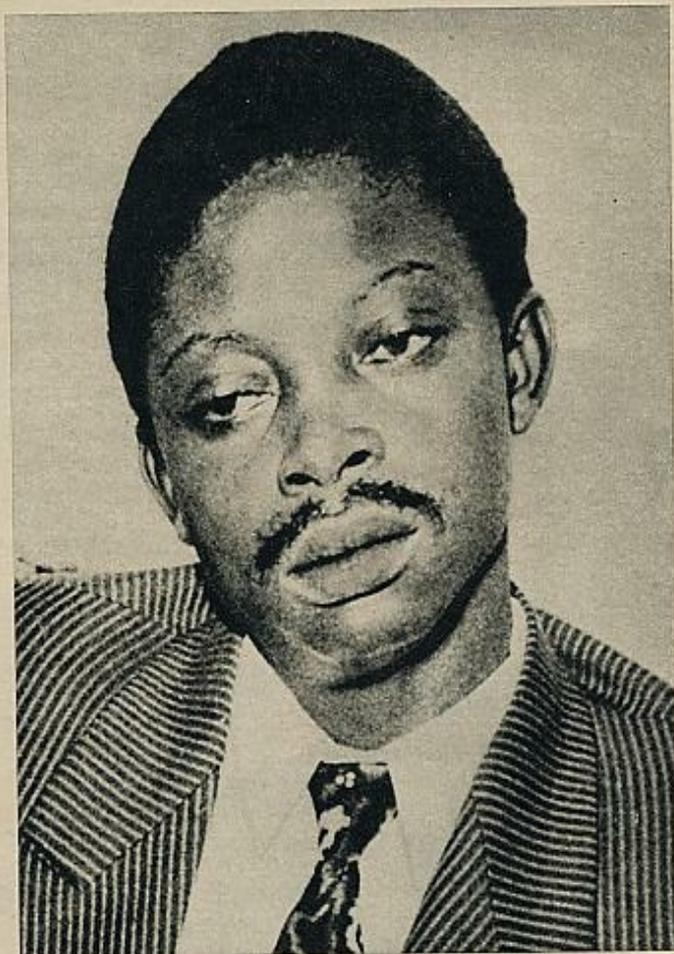
Mulele es ahora en el Congo el heredero de Lumumba. Hay un sucesor espiritual, que es Gizenga, pero Gizenga está en la cárcel del Gobierno central. Pedro Mulele es el jefe militar. Se habla ya del «mulelismo», y se atribuye a este movimiento una ola de asesinatos, una serie de atrocidades, algunos actos de antropofagia. Veo que la prensa de Occidente confunde, generalmente, los actos de Mulele con el puro caos: es un error. En el trágico Congo de estos días —desde hace cuatro años— hay crímenes diarios, hay antropofagia, hay guerras tribales. El llamado ejército nacional es un continuo foco de desorden. Los que fueron antiguos gendarmes de Tshombé forman bandas guerreras en el corazón de la selva de Katanga, donde se

MULELE, SUCESOR DE LUMUMBA, ES UN GUERRILLERO METODICO

mantiene al mismo tiempo los elementos secesionistas y donde se está aún desarrollando la lucha de las grandes potencias por la posesión del cobre y los diamantes. El primer ministro ha tenido que pedir a la ONU que mantenga los cinco mil «casos azules» que debían haberse retirado el 31 de diciembre. En todo este caos, una persona parece segura de donde va y de lo que quiere: Pedro Mulele, 40 años, ex ministro de Lumumba. No puede decirse que tiene la mano blanda: es un guerrillero. Pero está lejos del «asesinato gastronómico» ni de la creación del terror por el terror.

Mulele pasó oscuramente por el Gobierno de Lumumba. Según «Jeune Afrique», si entonces era notorio por algo en el Congo, fue por su honestidad, por su casi manía de ofrecer cuentas exactas, de reducir a cero sus gastos personales; por su tenacidad en el trabajo, por sus silencios y por su deseo de aprender. Probablemente la mayor lección de su vida fue la muerte de Lumumba. Mulele no se dejó impresionar por el fulgor de Lumumba ni por la espectacularidad de cómo fue asesinado, sino que meditó sobre ello. Llegó probablemente a la conclusión de que el mártir había fracasado por falta de una verdadera preparación revolucionaria y por una confianza supersticiosa en su capacidad de supervivencia. Lumumba entraba de cabeza, sin reflexión previa, en los peores conflictos. Con más cautela no hubiera sido nunca detenido ni asesinado... Mulele comprendió que para ser revolucionario hay que estudiar. Dos países africanos le acogieron y le enseñaron: Guinea y Egipto. Pero donde probablemente recibió una mayor enseñanza fue en China. Se sabe que estuvo cinco meses, y que allí asistió a unos cursos especiales de guerrillas. Aprendió también la política de la revolución, la «doctrina Mao». Y se dice ahora que su principal adjunto es un comunista griego (los comunistas griegos han tenido cierta influencia en la revolución congoleña: un grupo de antiguos lugartenientes de Markos, el famoso guerrillero griego, huyeron al Congo donde tenían familiares comerciantes).

Mulele ha aplicado en el Congo, en la provincia de Kuilú, las tácticas guerrilleras de Mao. Se dice que hay en la selva campos de instrucción política y militar; y que antes de lanzarse a la guerra ha creado bases en toda la región. Se sabe que ha efectuado durante mucho tiempo una intensa labor de propaganda, por medio de agitadores muy bien preparados y se dice también que su táctica guerrillera ha sido establecida con un plan minucioso. La región de Kuilú fue previamente aislada mediante la destrucción de todos los sistemas de comunicación con el exterior; inmediatamente comenzó la ofensiva contra los agentes de Leopoldville, contra todos los símbolos de Occidente. Sin embargo, procura por todos los medios que sus hombres no maten a los blancos, aunque deben crear una situación de amenazas con respecto a ellos que les obligue a huir. No le interesa dar pretextos



Mulele es ahora en el Congo el heredero de Lumumba. Hay un sucesor ritual que es Gizenga. Pero está en la cárcel del Gobierno central. Pedro Mulele es el jefe militar que aplica las tácticas guerrilleras chinas.



Lumumba en el aeropuerto de Londres con el entonces ministro John Profumo. Los negros se niegan a admitir la muerte del campeón de la independencia congoleña. Por las distintas tribus del país se halla extendida la creencia de que un jefe como Lumumba no puede morir: es inmortal y regresará un día para liberar a los negros e implantar la verdadera independencia.

para una intervención armada blanca. Sobre este método, Mulele aplica otros puramente africanos, aprendidos de Lumumba y de la selva. Por ejemplo, se proclama invulnerable e inmortal. Pero hay una diferencia con Lumumba, y es que Mulele sabe que no lo es. Otra diferencia: que Lumumba no fue nunca comunista —pese a la insistente campaña belga y francesa en ese sentido—. La realidad es que tampoco se tiene ninguna seguridad de que lo sea Mulele. La realidad es que aplica los elementos militares de la guerra de guerrillas aprendidos en la China comunista: pero Mulele no ha dado a entender que sea un comunista ideológico convencido.

Todos estos datos marcan la verdadera diferencia de la acción de Mulele con la del caos general congoleño. Sus bases revolucionarias concretas le hacen mucho más eficaz que cualquiera de los otros movimientos congoleños. También le hacen mucho más vulnerable. Porque las grandes fuerzas que se reparten ahora el Congo no tienen ningún interés práctico por acabar con el caos tribal, pero sí lo tienen por acabar con Mulele, que representa el verdadero enemigo, el enemigo organizado. El caos les favorece, la revolución les amenaza.

Hasta ahora sus fuerzas dominan prácticamente la provincia de Kuilú, que es una zona relativamente pequeña, aunque a sólo quinientos kilómetros de Leopoldville. Mulele podrá extender su dominio y llegar a conquistar el Congo si es capaz de crear el espíritu revolucionario por encima del espíritu tribal. Por eso el esfuerzo del Gobierno de Leopoldville y de sus consejeros estriba en lo contrario: en dar a los congoleños la sensación de que el movimiento de Mulele es una simple guerra tribal, conducida por la tribu Bacunda —que es la suya— y la tribu Batendé —que es la de Gizenga— para dominar a las demás.

E. HARO TECLEN